

# **Buscar en el Sol el fuego verdadero**

***(del libro de la colección Sinopsis: “Y me mostró un río de agua de vida”)***

Diferentes combustibles sirven para hacer fuego. Durante mucho tiempo los humanos se sirvieron de la madera, y después apareció el carbón. El carbón produce más calor, pero también más polvo, deja muchas escorias, y las emanaciones, las influencias que desprende no son tan agradables, tan sutiles y perfumadas como las de la madera. La madera tiene unas emanaciones más favorables para la salud y sus llamas crean una mejor disposición de espíritu. En nuestros días, las diferentes clases de aparatos de calefacción que utilizamos son, ciertamente, muy útiles y muy eficaces, pero el calor que difunden ya no tiene las virtudes que tiene el calor producido por la madera que arde.

Yo siempre he tenido predilección por el fuego. Desde mi juventud lo he amado; me sentía atraído por este poder misterioso, por esta vida que brota bajo forma de luz y de calor, cuyas cualidades curativas adivinaba también. Cuando estaba resfriado, cuando tenía fiebre,

encendía fuego en la estufa de madera, me ponía muy cerca de ella y me quedaba dormido con un sentimiento de agradecimiento y de amor. Cuando me despertaba, ya estaba curado. Así es cómo comprendí las propiedades curativas del fuego de madera: cómo puede infundirse en nosotros la energía viva de los árboles. Porque no solamente es el calor el que tiene la propiedad de curar, sino también otros elementos contenidos en la madera que se está quemando.

El fuego no puede, evidentemente, curar todas las enfermedades, pero junto a él recibimos como una transfusión de energías. ¿Por qué cuando nos acercamos al fuego nos sentimos impulsados a tender las manos hacia él? Se trata de un gesto instintivo que tiene una causa precisa. Las extremidades de nuestros dedos son muy sensibles, porque tienen un gran número de ramificaciones nerviosas y de células sensitivas. Así pues, cuando tendemos las manos hacia el fuego, los centros sensibles que hay en las puntas de los dedos, y también en las palmas de las manos, empiezan a funcionar: captan la luz y el calor que se desprenden del fuego, así como otros elementos sutiles, y los transmiten a todo el cuerpo. Los ancianos, a quienes el calor abandona poco a poco, ¡con qué placer se ponen todo el día al lado del fuego! Se ocupan de él, lo mantienen en la chimenea, lo contemplan durante horas, echan un sueñecito, de vez en cuando, y tienden sus manos hacia él. Sienten que este fuego les da la vida.

Pero, si esta vida contenida en la madera que se está quemando es tan preciosa, es porque viene del Sol. El árbol es una criatura viva que no sólo sabe fijar el aire, el agua y la tierra que van a entrar en la formación de sus raíces, de su tronco y de sus ramas, sino que sabe atraer también la energía solar. Evidentemente, la encina centenaria, o

el gran abeto que os encontráis en el bosque parecen no tener nada en común con la tierra, el agua, el aire y la luz con los que están constituidos. Pero hacedlos arder y veréis cómo esta masa tan imponente se deshace ante vuestros ojos; y, una vez que las llamas se han apagado, que los gases y el vapor de agua han subido a mezclarse con el aire, sólo quedan unos puñados de ceniza ligera.

Y esta ceniza, que no ha desaparecido, es el elemento “tierra”, gracias al cual las partículas de agua, de aire, y de luz han podido soldarse para formar el árbol. Es imposible fijar las energías sin la ayuda de un soporte material. Todos estos rayos de Sol, estos elementos sutiles que captaba cada día, el árbol sólo pudo almacenarlos porque poseía una cierta cantidad de materia para recibirlos; y a esta materia podemos llamarla tierra. El árbol es, pues, un ser más espiritual que material. Está hecho de un poco de tierra, de un poco más de agua, y de todavía un poco más de aire, pero es el fuego, la luz, lo que en mayor cantidad entra en su constitución.

El hombre está construido a imagen del árbol. Si se quema su cuerpo después de su muerte, como es costumbre hacerlo en ciertos países, una pequeña urna basta para contener sus cenizas. Estas cenizas son todo lo que queda de la materia que servía para fijar el agua, el aire, pero sobre todo el fuego, los rayos de Sol. En lo esencial el hombre está formado por fuego, por luz, es de la misma quintaesencia que el Sol. ¿Por qué extraviar a los humanos repitiéndoles que no son más que materia, que sólo pueden alimentarse de materia, y que, a su muerte, volverán a la tierra? Los Iniciados, al contrario, nos dicen: estáis hechos de luz, podéis alimentaros de luz, y volveréis a la luz. Sí, el hombre es idéntico al árbol, y, si conociese las

leyes con las que trabaja la naturaleza, podría también fijar y condensar esta fuerza cósmica, esta energía del fuego celeste, es decir, todos estos poderes del espíritu que son la inteligencia, la luz, el amor...

Mirad el fuego que arde...

El fuego nos enseña a desprendernos de lo material, grosero, de nuestras envolturas, de nuestros caparazones. Toda la energía solar acumulada en el árbol, y que es el alma del árbol, se libera de la forma en la que se encontraba encerrada y se vuelve hacia las regiones celestiales. El alma encuentra de nuevo su patria. Y, para liberarse, tiene necesidad del fuego. El fuego es el que permite la abertura de estas miles de salidas por las que se escapa el alma del árbol. Los ruidos, las crepitaciones que oímos, son el lenguaje de la liberación. Allí donde la salida es más difícil de forzar, el alma debe golpear más fuerte, y estas explosiones son los cantos de victoria del alma que se libera.

Mirad estos hilos de luz que brotan del fuego: durante unos segundos traspasan la noche, y después se apagan. Se diría que tejen algo... Como si las peticiones que habéis dirigido al Ángel del fuego estuviesen tejiendo un vestido de luz. Y estos haces de chispas, mirad... Así es cómo el hombre proyecta también millones de gérmenes en las profundidades de la mujer para fertilizarla. Todas estas chispas que estallan en el espacio van a fertilizar a miríadas de entidades para dar a ciertos espíritus la posibilidad de encarnarse. Porque el fuego es un árbol que produce simientes en abundancia, y estas simientes, a su vez, producirán otros árboles. Por momentos, encontramos en las llamas la forma y el movimiento del follaje, como si, hasta el final, el árbol quisiese conservar algo de lo que fue, como si, antes de

desaparecer, revelase, con este follaje de luz, toda la belleza de su sacrificio.

El fuego se come al árbol, y, al comérselo, lo transforma, lo vuelve semejante a él. El árbol se convierte en fuego porque el fuego se lo come. Se trata de una ley: cada cosa, cada ser, se convierte en idéntico al que lo come. Y nosotros también, si ofrecemos todo nuestro ser al fuego del Amor divino para que venga a apoderarse de nosotros, a alimentarse de nosotros, nos hará semejantes a él. Éste es el verdadero sentido del sacrificio.<sup>1</sup> Nosotros poseemos interiormente materiales suficientes para alimentar el fuego divino durante toda la eternidad. Por eso debemos meditar sobre el fuego, tratar de comprender cómo trabaja sobre el árbol para transformarlo en luz y en calor, para poder llegar a ser, nosotros también, árboles de luz.

En ciertos relatos de viajes leemos que existen seres capaces de caminar y de bailar sobre las brasas. El fuego les reconoce y no les hace ningún daño, porque son amigos suyos. Se concentran y recitan plegarias, fórmulas mágicas acompañadas de gestos, y después danzan sobre las brasas, cantando, y el fuego no les quema. Evidentemente, no os aconsejo que lo probéis. Contentaos con los ejercicios que os doy, que son absolutamente inofensivos y, aunque no os vuelvan capaces de medirlos físicamente con el fuego, interiormente sentiréis que os volvéis cada día más fuertes y más vivos.

Esforzaos, pues, en haceros amigos del fuego. Pero, mientras miráis arder la madera, acordaos de que es en el Sol donde encontraréis el verdadero fuego, que es la fuente de la vida.<sup>2</sup> Por eso no cesaré nunca de repetir lo importante que es asistir a la salida de Sol

durante los periodos en los que sus influencias son más favorables, es decir, en primavera y en verano.

Yendo por la mañana a ver la salida de Sol, recogemos esta quintaesencia tan preciosa que los yoguis de la India han llamado prana. El prana es una energía de vida difundida por todas partes en la tierra, en el agua, en el aire, en el fuego; pero es transportado principalmente por los rayos de Sol, y es, por la mañana, muy pronto, cuando es más abundante. Podemos compararlo con el agua pura que desciende de las altas montañas, con un río que transporta todos los elementos nutritivos para los peces que lo pueblan, así como para todas las criaturas que habitan a sus orillas. El prana es un río de vida que viene del Sol hasta nosotros y que nos penetra por la nariz y por todos los poros de la piel.

Contemplar la salida de Sol es tratar de recibir este fluido vivo que circula por el universo, para que nos purifique, nos refuerce, nos ilumine. Cada partícula de este prana es como una gotita cristalina, como una pequeña esfera luminosa en suspensión llena de una esencia espiritual. Y, mediante la respiración, absorbemos algunas de estas gotas de luz. Haciendo pasar conscientemente el aire por la nariz, ponemos en marcha en nuestro cuerpo ciertos centros sutiles que trabajan para extraer esta quintaesencia. Una vez captada, empieza a circular; es un fuego que corre a lo largo de las ramificaciones nerviosas situadas a una y otra parte de la columna vertebral. Igual que la sangre circula a través de las venas, las arterias y los capilares, este fluido muy sutil, el prana, circula a través de nuestro sistema nervioso; y es un alimento que no sólo aumenta en nosotros la vitalidad, el equilibrio, la lucidez, sino que contribuye también a la adquisición de las facultades

espirituales, al despertar de los chakras.

El Sol es un alimento, no lo olvidéis nunca, y es el mejor de los alimentos. ¿Por qué limitarse a los elementos de la tierra, del agua y del aire? Hay que aprender a alimentarse con el fuego, con la luz. Y esto es lo que hacemos a la salida del Sol. Cuando Zoroastro le preguntó al dios Ahoura Mazda de qué se alimentaba el primer hombre, Ahoura Mazda le respondió: “Comía fuego y bebía luz.” Es decir, que extraía la vida del Sol, que es fuego y luz. E incluso ahora el hombre continúa alimentándose de fuego y de luz, pero inconscientemente. Pero como la gente sólo se fija en lo que se ve, dice: el hombre come, bebe, respira, o sea que se alimenta de materias sólidas, líquidas y gaseosas. Es cierto, pero, si se contenta con estos alimentos, nunca estará verdaderamente alimentado, porque su verdadero alimento es el fuego, la luz.<sup>3</sup>

Felizmente, Dios creó a los humanos de tal forma que, aunque no lo sepan, se alimentan con la luz y con el calor del Sol. Tan sólo la felicidad que sienten cuando lo ven, cuando se exponen a sus rayos, ya es una nutrición; es más, la humanidad no ha desaparecido es gracias a esta nutrición inconsciente. Pero, en adelante, debe aprender a alimentarse conscientemente, y son estos métodos los que os doy. Exponiéndoos a las fuerzas solares y absorbiéndolas con el deseo de transformaros, trabajáis sobre vuestro cuerpo etérico, sobre vuestro cuerpo de gloria, con la luz y con el fuego. Éste es el verdadero alimento: el fuego del amor divino y la luz de la sabiduría divina.

El Sol es el único que puede revelarnos el misterio del fuego. Yo trabajo constantemente con él. En tanto que símbolo de la Divinidad, es el principio y el fin de todos mis pensamientos y de todos mis

sentimientos. Es mi banco y mi instructor... Sí, es mi banco, puesto que voy a él, cada día, a buscar mis pepitas de oro gracias a las cuales se compran todas las riquezas espirituales. Y es mi instructor, porque conoce el secreto de la vida eterna.<sup>4</sup> Le interrogo sin cesar y me da unas respuestas formidables, únicas... pero un poco irrealizables, ¡al menos de momento! Cada mañana me dice: "El secreto de la vida eterna es muy sencillo: trabaja para llegar a ser luminoso, cálido y vivificante como yo, ¡y no morirás jamás!" Sí, este secreto es muy sencillo, pero muy difícil de realizar; hace falta mucho tiempo, millones de años quizá... Pero ¿acaso no vale la pena construir nuestras vidas sobre la filosofía del fuego, la filosofía del Sol?

Los objetos que acercamos al fuego se dilatan, se licuan, o incluso se evaporan. Igualmente, cuando nos exponemos a los rayos del Sol espiritual, nuestro corazón, nuestra alma, se dilatan; nos volvemos calor, nos volvemos luz, y este calor y esta luz se comunican a todas las células de nuestro cuerpo. De esta manera, poco a poco, empezamos a vibrar en armonía con el espíritu.

Entonces, ¿estáis de acuerdo en aprender a comulgar con el fuego, para alimentaros con el fuego? Probadlo y sentiréis que estáis volviendo a ser tal como Dios os creó al principio del mundo. Yo he vivido ya innumerables experiencias con el fuego, y cada día estoy sin cesar en conversación con él... Interiormente, exteriormente, sólo el fuego me interesa. El fuego divino, cuya expresión más fiel es para nosotros, en la Tierra, el Sol. Cada mañana no tengo más que un deseo, y es ir a contemplarle, para restablecer el contacto con el fuego celestial; porque el Sol es el que me revela el misterio del fuego, el misterio del Espíritu Santo.<sup>5</sup> Y no puedo hacer otra cosa para ayudaros que deciros que



sigáis infatigablemente caminando hacia el fuego del Sol, con toda vuestra inteligencia y todo vuestro amor. Porque la Iniciación es el camino que hay que recorrer para llegar a este fuego.

## Notas

1.Cf, *La clave esencial*, Obras completas t. 11 cap. XII: “El sentido del sacrificio en las religiones” y *Conócete a ti mismo – Jnani yoga*, Obras completas, t. 17, Cap. V: “El sacrificio”.

2.Cf. *La nueva Tierra*, Obras completas, t. 13, Cap. IX: “El Sol, las estrellas” y *Meditaciones a la salida del Sol*, Folleto 323.

3.Cf. *Conócete a ti mismo – Jnani yoga*, Obras completas, t. 17, cap. VI: “Los alimentos del alma y del espíritu”.

4.Cf. *Los esplendores de Tiphereth*, Obras completas, t. 10, cap. XXII: “Hacer converger todo hacia una única meta”.

5.Cf. *Lenguaje simbólico, lenguaje de la naturaleza*, Obras completas, t. 8, cap. XI: “El Espíritu Santo”.